



SUMARIO

I. Homenaje á Froebel. — II. Un recuerdo á mi padre. — III. Epístola: *A mi madre*. — IV. Los deberes de los niños. — V. El mendigo. — VI. Explicación del grabado. — VII. El regalo de este número. — VIII. Madre é hija. — IX. El oro y la escoria. — X. La dalia y la rosa. — XI. El Duero y el mar.

HOMENAJE Á FROEBEL.

DIGNO de justa admiración y envidiable fama ha sido el centenario del nacimiento de Froebel, elevado en 21 de Abril último en Alemania á la categoría de fiesta nacional, en la que ciudades, villas y caseríos tomaron parte con el mayor entusiasmo para rendir culto de respeto á la memoria del infatigable apóstol de la enseñanza. Y á los tres meses, el 21 del pasado Julio, se han trasladado con toda pompa sus restos mortales al mausoleo que los ha de contener definitivamente, en el cementerio de Schoveina.

Millares de personas han ido de todas partes, de las provincias limítrofes de Dresde, de

Hamburgo, de Berlín y de otras poblaciones de Alemania; de Dinamarca, de Bélgica y hasta de América con el exclusivo objeto de ofrecer su tributo al alemán ilustre, á los 30 años justos de haberse inaugurado el primer monumento erigido á su nombre.

Al abrirse la tumba los alumnos de los Jardines de la infancia arrojaron alborozados profusión de flores y coronas, se pronunciaron elocuentes discursos y una angelical belleza, sobrina del héroe de la educación primaria, llena de emoción leyó una poesía profundamente sentida, que hizo asomar las lágrimas á los ojos de los concurrentes.

Compónese el sencillo pero severo monumento de tres cuerpos típicos; un cilindro de base, un cubo por cuerpo y una esfera para terminarlo; á las cuales Froebel refería, como se sabe, las otras formas de la naturaleza.

En el pedestal hay grabado un medallón sencillito con el retrato del insigne pedagogo; en una de las fases del cubo que forma el cuerpo, se lee el lema de la escuela froebeliana: *vivir para nuestros hijos*, y en otra esta inscripción: *Federico Froebel nació en Oberweissbach el 21 de*

Abril de 1782; murió en Marienthal el 17 de Junio de 1852, entre cuyas dos fechas se ha producido la revolución moral más fecunda, después de la del cristianismo.

Después de la ceremonia fúnebre se celebró un magnífico banquete, al que asistieron todos los partidarios de la educación moderna que tomaron parte en la fiesta, y á la terminación ejecutaron los niños aiosos y saludables ejercicios en el mismo sitio donde Froebel hace treinta años vió realizar por primera vez una de sus grandes aspiraciones: *la organización de las fiestas populares, como medio de educación*.

La casa reinante protegió entonces el proyecto del gran maestro, y la duquesa de Saxe-Meiningen costeó el refresco á los trescientos discípulos que hicieron los ejercicios, detalles que se recuerdan hoy con alegría senil y santa al consagrar á la memoria de Froebel el tributo debido á sus altos y grandes merecimientos.

Hé aquí ahora algunos de los de las fiestas del 21 de Julio, después de la ceremonia fúnebre.

Koch, antiguo discípulo y ayudante de campo de Froebel, á la cabeza de seiscientos niños,

los coloca en orden de batalla al pié de la montaña, mientras que distintas y bien concertadas músicas dan vida y alegría á los ejercicios y compás al ejército infantil. A una señal convenida comienza el desfile interminable, que se extiende como pintado reptil hasta llegar á la espaciosa rotonda destinada á los movimientos, en cuyo momento se entona el magnífico canto de introducción.

Los alumnos de los Jardines de la Infancia que concurrieron como espectadores tomaron también parte en la fiesta y la venerable madame Froebel, olvidando sus setenta años, poseída simultáneamente de dolor y de entusiasmo, recorría los grupos, como la abuela de una gran familia, contando historietas que encerraban los más sanos consejos.

¡Qué fiesta más pacífica y más grande!

¡Ah! El alma se alborozaba al considerar el entusiasmo del pueblo alemán en honor al magisterio: si grandes son los títulos que le engendran, grandes y plausibles son la justicia y el interés con que el Gobierno y el pueblo se asocian para preconizar las glorias de la enseñanza.

Los esfuerzos, las vigiliadas, el celo inusitado del preclaro maestro difundieron la educación en Alemania; con la instrucción se ha puesto el imperio á la cabeza del movimiento de Europa; justo es que hoy honre los restos del ilustre varón, y le erija monumentos.

Prescindo del sistema y anoto los hechos para admirar á la Alemania: anoto los hechos para significar cuánto se honra el país que celebra y honra á sus héroes y á sus maestros; anoto los hechos para expresar la conveniencia de que el Gobierno alemán tenga en el nuestro un fiel imitador, si hemos de recompensar debidamente el mérito, si hemos de ser justos á los ojos del mundo, si hemos de instruirnos, honrarnos, y engrandecernos.

Cierto es que España ha dado un gran paso en la senda del progreso al iniciar las reformas legislativas en pró de la enseñanza y del profesorado; cierto que en su primer Congreso nacional pedagógico se ha librado fecunda batalla de principios y de ideas en materia de enseñanza, con lo cual se demuestra que España, despertando de su letargo, empieza á preocuparse de su porvenir; pero esto no obsta para que nosotros, desde la humilde esfera del escritor, estimulemos al señor ministro del ramo para que persevere cada vez más persiguiendo el levantado ideal del progreso de la inteligencia y que aconsejemos á los españoles el alto ejemplo que acaba de ofrecernos el pueblo alemán, honrando las cenizas de su ilustre Froebel.

José NOVI Y PEREDA.

UN RECUERDO Á MI PADRE.



ORRÍA el verano de 1851, época que recuerdo con alegría, porque aún era joven, aún latía en mi pecho un corazón fogoso, virginal.

La ponzoña social no había interesado ninguna de mis fibras, y el cerebro sólo se ponía en acción para hacer brotar en el alma sentimientos tiernos y delicados.

¡Bendita la inocencia con que yo amaba cuanto á mi alrededor veía en aquellos tiempos!...

Una de esas noches del estío en que el calor sofoca y se respira un ambiente abrasador, una de esas noches en que el aliento es fuego y el sudor inunda nuestra frente, me hallaba acostado (ya eran las once) si no satisfecho del todo, disfrutando de una paz casi seráfica.

La imaginación, al fin, llegó á exaltarse con el insomnio y el cerebro empezó á arder, como el aliento, volcanizando cada vez más las ideas que en tumultuoso desorden cruzaban por mi mente.

En ese estado de exaltación febril, salté del lecho en busca de consuelo, y en breve me encontré en la calle respirando una brisa halagadora.

Cinco minutos después estaba en el campo, dirigiendo mis pasos lentos y uniformes por un ameno y prolongado paseo de álamos, cuyo extremo tocaba en las puertas de un cementerio.

Abstraído por las dulces complacencias que la suave brisa proporcionaba á mi abatido cuerpo, por el deleite que al alma ocasionaba mil puros sentimientos, empujé maquinalmente la puerta, y penetré sin dificultad en la tétrica mansión.

Puedo aseguráros, mis queridos niños, que atravesé el umbral como soñando; pero soñando con una visión encantadora.

¡Ya lo creo!...

Creía seguir á una hada benéfica que me había tendido su mano, y mostrándome la felicidad con la otra, me conducía á través de una senda cubierta de vistosas flores.

Era una pesadilla gratísima para mí, en aquellos tiempos en que la sociedad no había envenenado el órgano del sentimiento.

El amor en toda su más lata acepción, era entonces para mí la suprema felicidad.

Pero ¡qué digo!

¿Existía, ni existe la felicidad?

¿Hay por ventura un sólo instante de placer completo?

¡Ah!

Entre el placer está siempre oculto algún dolor, como entre las flores se esconden los reptiles.

Entre el néctar más delicioso siempre hallaremos una gota de hiel que acibare nuestros días.

Continuando mi paseo y fatigado por el cansancio, me senté á la ventura.

Creía en aquel momento que mi hada me ofrecía un asiento lleno de perfumadas violetas, cuyo balsámico aroma me embriagaba cada vez más.

Reclinéme con cierto abandono sobre el espaldar del asiento, contemplando á mi hada que volaba alrededor.

Los ojos se fijaban en el espacio, y sólo para mi vista tenía un ser real, lo que no era sino la creación de mi mente calenturienta.

De pronto sentí que sus labios se posaban en mi frente, y á pesar de la oscuridad veía en mi fantasía el semblante venerable de mi padre.

Mi corazón latió con fuerza inusitada, y penetró en mi alma un nuevo sér, que, reanimando el espíritu, me hacía oír el dulce timbre de mi hada, que resonaba en los oídos como una celeste melodía.

—«Canta, poeta, canta, me decía con entusiasmo; canta la verdadera felicidad, que estás en mi reino; ¿deseas algo? ¿No tienes tu corazón henchido de placer? ¿Qué te falta? Vuelve la vista en torno tuyo y todo lo hallarás dispuesto para tu ventura.

¿Qué más puedes anhelar?»

Mi sangre hervía; y feliz completamente con aquella visión encantadora, recosté la cabeza en mi lecho de flores.

Era una pesadilla; pero ¡qué pesadilla tan dulce!...

El asiento que ocupaba era una tumba.

La voz melodiosa de mi hada, era el lúgubre gemir del viento entre los sauces y los cipreses.

Las flores que me rodeaban eran las cruces y los mausoleos, las tumbas magníficas, últimos restos del orgullo humano; púrpura regia con que se pretende cubrir las miserias; vanidad henchida con que se desea asustar hasta á la misma muerte.

¡Siempre la soberbia del corazón!...

Anhela saber, para escalar con su inteligencia el cielo.

Se viste de oro y púrpura como para igualarse á su Creador.

Y no comprende que Dios, en su infinita justicia, castiga esa soberbia, limitando la inteligencia.

¡Triste humanidad!

¡Siempre menguada y miserable!...

¡Siempre vana y orgullosa!...

Sentí cruzar uno tras otro, tres sonidos semejantes á las vibraciones de una cítara de oro, y de pronto apareció ante mi vista un coro de ángeles, que, rodeando á la hada benéfica, batían sus alas, entonando un cántico misterioso y deleitable, y llenando el corazón de dicha hacía brotar de mis párpados sentidas lágrimas.

Al leve movimiento de sus plumas pintadas de azul y oro, como las alas de la linda mariposa, sentía un aura fresca y embriagadora orear mi ardoroso semblante.

Un dulce sopor se apoderó de todo mi ser; fuéronse perdiendo poco á poco en el espacio las encantadoras visiones, tomando una forma indefinible, hasta que desaparecieron á mi vista, y un malestar cruel se hizo dueño de mi alma.

Sólo duraba en mi oído el cántico sonoro que entonaban los ángeles; sólo veían mis ojos la hada que me mostraba la felicidad señalando al cielo.

Pronto sentí de nuevo inundarse la frente de sudor y volví en mí; un rayo de sol vino á posarse sobre ella y la pesadilla desapareció.

La senda de flores que había pisado, era una inmensa calle de tumbas, en una de las cuales

me senté, y al despertar sólo ví al sepulturero que se ocupaba en abrir una fosa, el cual exclamó al verme:

—¡Caballero! ¿Por dónde habéis entrado?

—Lo ignoro, contesté. ¿Por ventura sé yo cuándo he venido?

El sepulturero me señaló la entrada y retiréme cabizbajo, pensando en el sueño de aquella noche, y lo que significaba la hada que, conduciéndome de la mano, me llevara á aquella triste mansión para mostrarme la felicidad.

¿Es, tal vez, que no hay felicidad sino en la tumba?

¿Es que ninguna dicha ofrece al desventurado mortal la tierra en que se habita?

¿Por qué me decía que nada podía anhelar?
¡Ah! lo comprendo.

En la tumba concluyen las penas, los deseos, los placeres, los desengaños: la mansión del *no ser*, es la única en donde todo respira dicha.

¡Feliz el que encierra todos sus deseos en el sepulcro!

Al regresar á mi casa me encontré con una horrible noticia.

¡Mi padre había muerto!...

Su alma era la hada benéfica que me había conducido de la mano, y, señalando al cielo, me mostraba la felicidad en él y en la tumba.

Descansa en paz, pobre padre mío.

VICENTE D. BORDANOVA.

EPÍSTOLA

A MI MADRE

Miedo me da el pensar lo que en mí siento
Y por eso en sus males, importuno,
Sólo sabe ir á tí mi pensamiento.

Por tus renglones, que besé uno á uno,
Ya sé que están en nuestra humilde casa,
Todos muy bien, aunque feliz ninguno.

Que arrastran, como yo, su dicha escasa
Con católica fé, con pecho fuerte;
Que la vida es atroz, mas pronto pasa.

Y sufriendo por Dios, tendrán la suerte
De vivir esa vida de alegría,
Que no muere en el día de la muerte.

¿Quiéres saber mi historia, madre mía?
¡Ayl!.. si el saberla yo, me da tormento,
El contártela á tí ¿qué me daría?

De un pesar que no espera es mi amento;
Por eso hoy busca tu materno lado,
Maniático de tí mi pensamiento.

Del hijo más que todos desdichado,
Abre tu corazón á sus gemidos
Por la vida tan triste que le has dado.

Pensando en goces, para siempre huídos,
Mi mano, sofocando la agonía,
Del corazón retiene los latidos.

¡Cuánto recuerdo ahora, madre mía,
Aquel dulce mirar con que afrentabas
Al sol de Otoño al acabarse el día!

¡Cuántas dichas, entonces, me augurabas,
Mientras viendo nacer mis pensamientos,
Con el alma en los ojos me mirabas.

Y aunque las dichas se volvieron cuentos,
¡Cómo en recuerdo de tan bellos días,
Hoy te besan los pies mis pensamientos!

Al fijar tus pupilas en las mías,
Como es la voz del alma tu mirada,
¡Qué de cosas, callando, me decías!..

Ya mi mente en tu espíritu filtrada,
Dejaré deslizarse mi existencia
En tu augusta belleza vinculada.

Tú sola en mí dolor me das paciencia,
Pues siempre con tu imagen me acompañas,
Confidente leal de mi conciencia.

Tú de luz pura el pensamiento bañas,
La infernal lobreguez trocando en cielo,
Del hijo, antes feliz, de tus entrañas.

Pueda hoy contigo desahogar mi duelo,
Pues sabe bien tu natural tristeza
Que el placer de llorar es gran consuelo.

Turbios mis ojos, blanca mi cabeza,
Perdí con la esperanza la energía
Y ya hasta tengo de vivir pereza.

Fué tan larga y terrible mi agonía,
Que por tu hermosa senectud te juro
Que, á no vivirme tú, me moriría.

De tanto ser como encontré perjurio,
Ya dejo hasta el recuerdo que maldigo,
Por tu amor siempre grande y siempre puro.

Desde este día á tu mejor amigo
Ya no le importa oscuridad ó gloria,
gusto ó pesar, sufriendolo contigo.

Del alma, que consagro á tu memoria,
Presto los males curará la muerte,
Desenlace final de toda historia.

Y antes la edad, más que las penas, fuerte,
Me dará poco á poco ese desvío
Que la tristeza en hábito convierte.

Buitre de las pasiones, el hastío
Con sordo afán mi corazón devora,
Y el pecho se me queja á pesar mío.

Más así iré viviendo hora tras hora,
Hasta que ponga fin á mi existencia
Aquel Dios que es más Dios de lo que llora.

Y querrá, en su bondad, la Providencia
Mientras llega ese fin, dar á mi mente
La angustia que se abisma en la paciencia.

¿Recuerdas la tersura de mi frente?
¡Oh, que ¡ay! darías sus arrugas viendo,
De esos que dais las madres solamente!

Más concluyo esta carta, porque entiendo
Que lo mismo que á mí cuando te escribo
Te se caerán las lágrimas leyendo.

No llores, madre mía, pues concibo
Qué es pagar con un ¡ay! con mucho exceso
La ruin parte de vida que ahora vivo.

¡Cuánto lloras mi mal! A cuenta de eso,
Para estampar en tu anchurosa frente,
Además de otros mil, te guardo un beso.

Dame tu bendición, que yo impaciente
A darte voy cuanto tu amor desea,
Que es la ansia eterna de tenerme enfrente.

Y si Dios no permite que te vea,
De mi vida los últimos alientos
Besos serán que te daré en idea.

Desde que hallé insufribles mis tormentos,
Cuantas horas los días han tenido
Tuve yo para tí de pensamientos.

Adiós, mi santo amor; tú siempre has sido
El ángel para mí de las mujeres;
Recuerda sin cesar que no te olvido,

Y escíbeme á menudo que me quieres.

RAMÓN DE CAMPOAMOR.

LOS DEBERES DE LOS NIÑOS.



¿Qué fuera del tierno pajarillo que aun no remonta el vuelo, si sus amantísimos padres le abandonaran á su propio cuidado? ¿Qué sería de él encerrado en el ligero nido que azotan las ramas movidas por el viento? ¿Qué sería de él si la celosa madre no le cubriera con sus alas para protegerle de la lluvia y del frío?

Se moriría.

¿Qué fuera del blanco corderillo que trisca en el collado si el quejumbroso balido de la madre no anunciara al pastor la presencia del lobo carnívoros? Se moriría también.

Y morirían asimismo el laborioso enjambre que careciese de maestra, la tortolilla errante acechada por el cazador, la liebre tímida perseguida por el águila en ausencia de su madre y el polluelo indiscreto por las iras del halcón.

¿Pues qué sería del niño, menos precoz que ninguno de esos seres, si sus padres no le amaran? ¿Qué fuera de él si no le prodigaran su cariño y su cuidado en la infancia, si después no le dieran educación, si no le enseñaran á discernir, inclinándole á despreciar lo malo y á practicar el bien?

En su origen moriría por insuficiencia y llegando á hombre, sin hábitos de buena educación, sus costumbres le harían despreciable y viviría abyecto como los esclavos, sin idea del honor y de las virtudes; sería el oprobio de su pueblo y la vergüenza de su familia, que es mil veces peor que morir en la infancia.

Pues bien: para evitar tamaño mal, es preciso educarse, y para educarse es indispensable ceñirse á los consejos de los padres y superiores; es necesario ser obedientes y amables; recibir las lecciones con gusto, porque el niño que no oye con atención las prescripciones de los mayores, se hace antipático y repulsivo.

Los niños tienen, pues, el deber de ser aplicados, teniendo en cuenta que hay tiempo para el estudio y tiempo para el recreo; pero las diversiones que elija, que sean de buen género, que sean honestas y sin atormentar á los compañeros para no granjearse la animosidad de ninguno.

Nada más grande que la satisfacción que experimenta un niño el día que va á su casa adornado con el premio que mereció su aplicación en el colegio: nada más sublime que el ósculo que recibe de su madre para recompensar los adelantos y la sumisión.

Pero si grande y justa es la satisfacción que debe experimentar por el premio, ni debe engrandecerse hasta el punto de incurrir en el orgullo innoble, ni debe concitar con la vanidad el ánimo de otros niños, porque despertaría su envidia, y la envidia es el peor de los enemigos que afligen á la humanidad.

No incurra ningún niño en tan feo pecado, porque la envidia es el origen de todos los males.

El niño debe crecer en el santo temor de Dios, y para no verse aguijoneado por el vicio, salude al levantarse á la Virgen María, protectora de todos, y dé gracias á Dios al acostarse porque le dió salud; y con esta práctica cristiana y buenas costumbres, bonificará su corazón, tranquilizará su conciencia y se abrirá fácil paso á través de los vaivenes de la vida.

Mediten los niños buenos cuán desgraciados son esos infelices que no tienen padres, ni persona alguna que encauce sus inclinaciones, ni les enseñe el bien; esos pobres seres abandonados á su propio consejo, aprendices del pecado y del delito, que caminando por la áspera senda de los vicios, rechazan el asilo con que les brinda la caridad, desdeñan la moral y se mofan y escarnecen al mundo por rendir ciego culto á una mal comprendida libertad.

¡ Pobres pajarillos que al querer remontar el vuelo buscan la muerte en el cieno de las pasiones terrenales !

Benedicid á Dios, mis queridos infantiles lectores, que os procuró padres celosos de sus deberes; amadlos como á vuestra segunda Providencia; honrad su venerable nombre en todas las etapas de la vida, imitando su bondad y su cordura, y obrando con prudencia y creciendo cariñosos y compasivos, seréis dignos de Dios y de los hombres.

CARMEN PINERO DE BLAS.

EL MENDIGO

Con un báculo en la mano
y melancólica faz,
siempre de andrajos cubierto
el mundo cruzando vas,
demandando humildemente
sólo un pedazo de pan.
¡ Qué trístísima es tu suerte!..
¡ y cuán profundo tu mal!..
En tus labios la sonrisa
tiene un imperio fugaz,
y es para tí la alegría
fiel presagio del pesar;
flor que al nacer se marchita,
sol de hermosa claridad,
que al verter su luz purísima
negra nube va á eclipsar.
Peregrino desvalido,
no tienes ni un triste hogar
en donde poder tus penas
fiar á la soledad,
y tus lágrimas ardientes
tranquilo depositar;
es la flor de tu camino
la esperanza celestial,
el hospital, tu palacio,
tu dicha, la caridad.
Nadie tu mano aterida
llega á estrechar con afán,
ni el dictado de pariente
ni amigo te quieren dar,
que la pobreza denigra
y honores el oro da.
Eres rama desgajada
de la pobre humanidad;
mendigo: con fé cristiana
sufre tu amargo pesar,
que las riquezas del mundo
no dan al alma la paz.
Recuerda que la pobreza
la vino á santificar
el que espiró en una cruz
por salvar la humanidad;
que en pos de esta vida triste
tan penosa y tan fugaz,
hay otra vida tranquila,
pura, eterna y celestial,
en donde al bueno se premia
y al que aquí supo llevar
su pobreza y sus dolores
con júbilo y humildad.
Mendigo: adora al Señor
con alegría en tu mal;
que Él, por un día de angustia,
su eterna gloria nos da.
¡ Dichoso el que le bendice
con placer en su pesar,
y su poder reconoce,
y acata su voluntad!

B.

EXPLICACIÓN DEL GRABADO.



A indiscreción es un defecto moral que debemos evitar á todo trance para no incurrir en censuras si es leve, y para no derramar lágrimas ó sufrir pena corporal si reviste carácter grave.

Cuando la indiscreción es leve, produce la hilaridad del que escucha y desconceptúa: cuando es grave hiere á la honra.

En el primer caso se acredita el individuo de estulto: en el segundo se confunde con el criminal.

Voy á ocuparme de la indiscreción ligera, ó leve, que es lo que representa el grabado de la página siguiente:

Esa niña que veis tan aplicada, escribiendo la plana que la han impuesto de tarea, después de haber leído la revista moral ilustrada á que la suscribió su papá para perfeccionar su educación, tiene, para su recreo, encerrado en una jaula dorada, un cariñoso pajarito multicoloro, regalo especial que la hiciera su maestra, como premio á su aplicación.

Inútil es deciros que le quiere con delirio, tanto porque es un premio especial que la envanece noblemente, como porque la gustan mucho los pajaritos.

Su primera diligencia todos los días es disponerle los vasillos con agua y alpiste y limpiarle cuidadosamente la dorada cárcel; y si la pereza ó el sueño hacen que se retrase esta atención diaria, el pajarito pía, y pía con acento tan triste y lastimero que parece advertirla de un olvido, como si quisiera decirla:

—¿No me juraste cariño?

Entonces la niña se viste de contado, le cuida con esmero; le prodiga mil caricias y chicheos mientras el pajarito, entreabriendo las pintadas alas, picotea dócilmente la yema de su dedo: le coloca entre los alambres un terroncito de azúcar y se pone á estudiar, satisfecha de su obra.

¡ Ah! mis queridos niños: ¿No habéis devorado alguna vez los instantes para atender á los pajaritos que cazasteis?

Y vosotras, niñas encantadoras, ¿no os habéis desvelado alguna vez pensando en vuestras muñecas ó en vuestras flores?

Pues considerad, por el amor que os inspiran vuestros caprichos, el que experimentaría por su pajarito multicoloro la niña objeto de estas líneas.

Tal es lo que representa la lámina.

La niña escribe su plana; pero no tuvo cuidado de cerrar á tiempo la portezuela de la jaula, y remontando el vuelo el cariñoso pajarito, se posa junto á ella para advertirla de su indiscreción.

La niña sonríe dulcemente sin inquietarse por ver en libertad á su querido pajarito; pero reconoce su falta de previsión y se dice:

— Yo, ciertamente, he sido indiscreta; me das una lección que estimo en cuanto vale y procuraré no olvidarla jamás. Eres muy bueno pajarito mío; eres muy agradecido, y por eso no huyes: haces bien, pajarito, que aquí no corres el riesgo del halcón; yo te cuidaré mucho, mucho; pero si volviere yo otra vez á incurrir en un olvido, sé tú también discreto y

no te coloques al alcance de la gata feroz y despiadada.

Mi indiscreción ha podido privarme de tu compañía.

La tuya ha podido proporcionarte la muerte.

DOROTEO ALEMÁN.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO



El cromo que, como regalo, acompañamos á la presente entrega, representa al maestro que al dar lección de repaso se entusiasma con la lectura de las bellas letras, sin advertir que su discípulo le hace objeto de burla, imitando á sus espaldas, con travesura, los ademanes, la entonación y el gesto.

Poético en su fondo, ahueca la voz para dar expresión y vida á los conceptos, carácter distintivo que exagera el niño, á quien seducen más, por lo que se ve, las realidades del materialismo moderno que la inspiración y el sentimiento que engendran los poemas.

Reflexión: Los niños no están autorizados nunca para ridiculizar á sus maestros, cualquiera que sea la actitud, la edad y la figura física del encargado de transmitirle su enseñanza, pues es un defecto altamente reprehensible y de mala educación lo que tan equivocadamente se llama travesura en los niños.

No imitéis, pues, el ejemplo del que se destaca en el cromo, si queréis granjearos la general estimación.

MADRE É HIJA

—Dí, madre, ¿por qué la flor
que hoy nace hermosa y lozana
al amanecer mañana

perderá aroma y color?

—Hija mía, el alto Ser,
á quien adoras rendida,
los misterios de la vida
no nos deja comprender.

Hoy vives; pero mañana
puedes, hija de mi amor,
perder la vida, el color,
como la rosa temprana.

—¿Y el alma que siento en mí?

—Es de la flor el perfume.

—¿El viento lo lleva?

—Sí;

pero jamás lo consume.

Muere la flor, y en su esencia
del mortal para consuelo,
huye, como la existencia,
á su patria, que es el cielo.

—¿Y no se extingue?

—Jamás;

ni volver al mundo ansía.

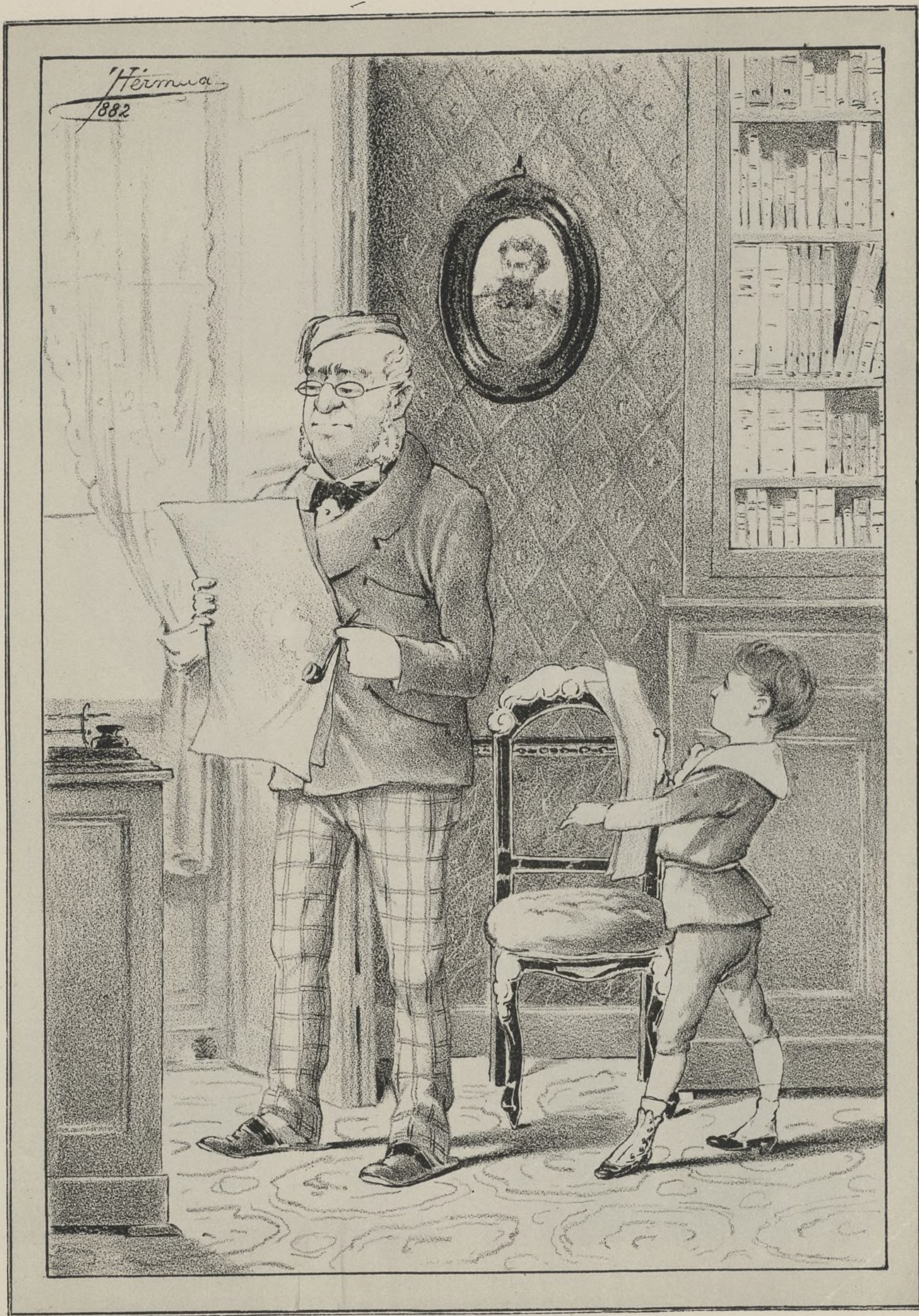
—Si me muero ¿me verás?

—En el cielo nada más.

—Hasta el cielo, madre mía.

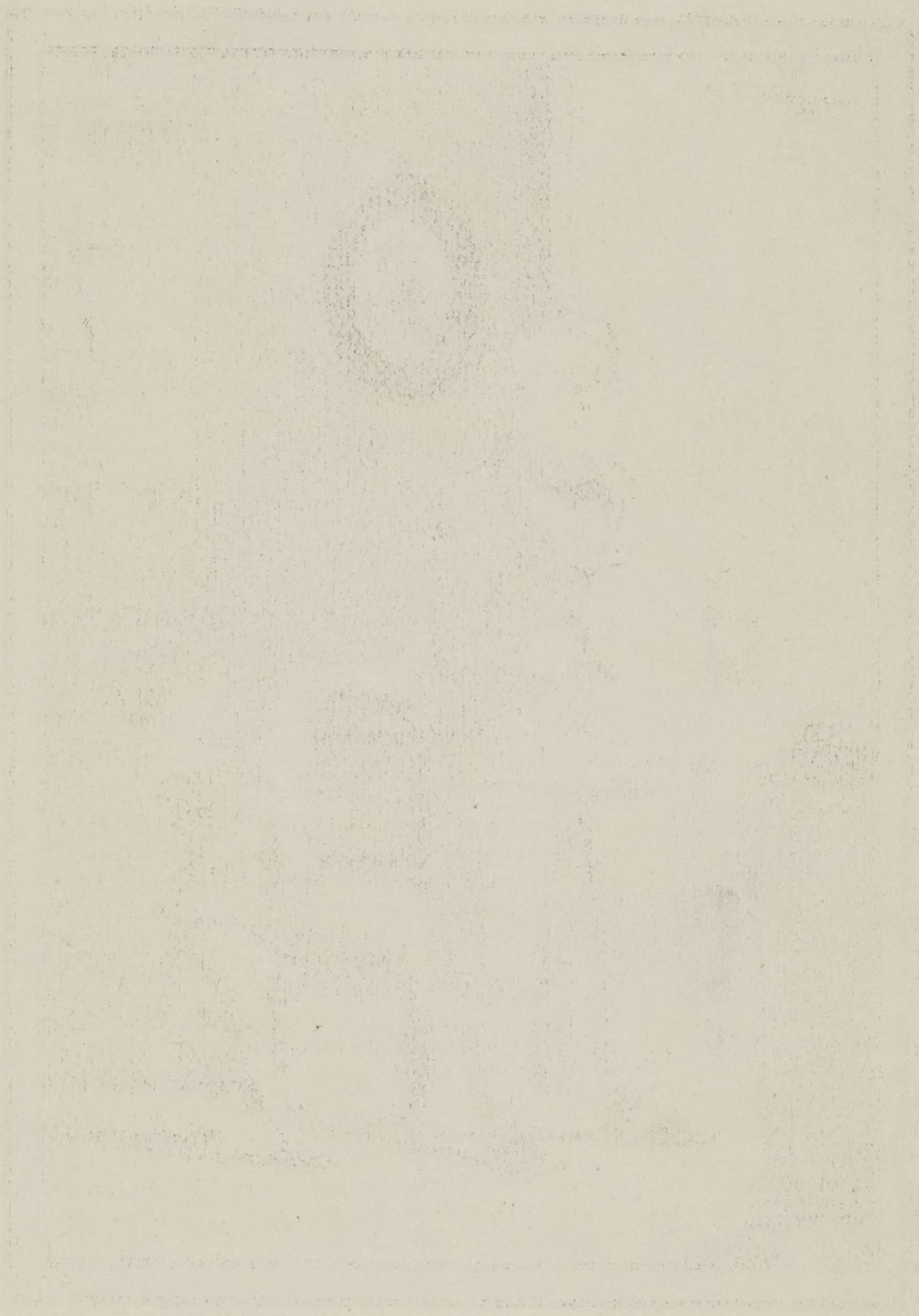
J. NOMBELA.

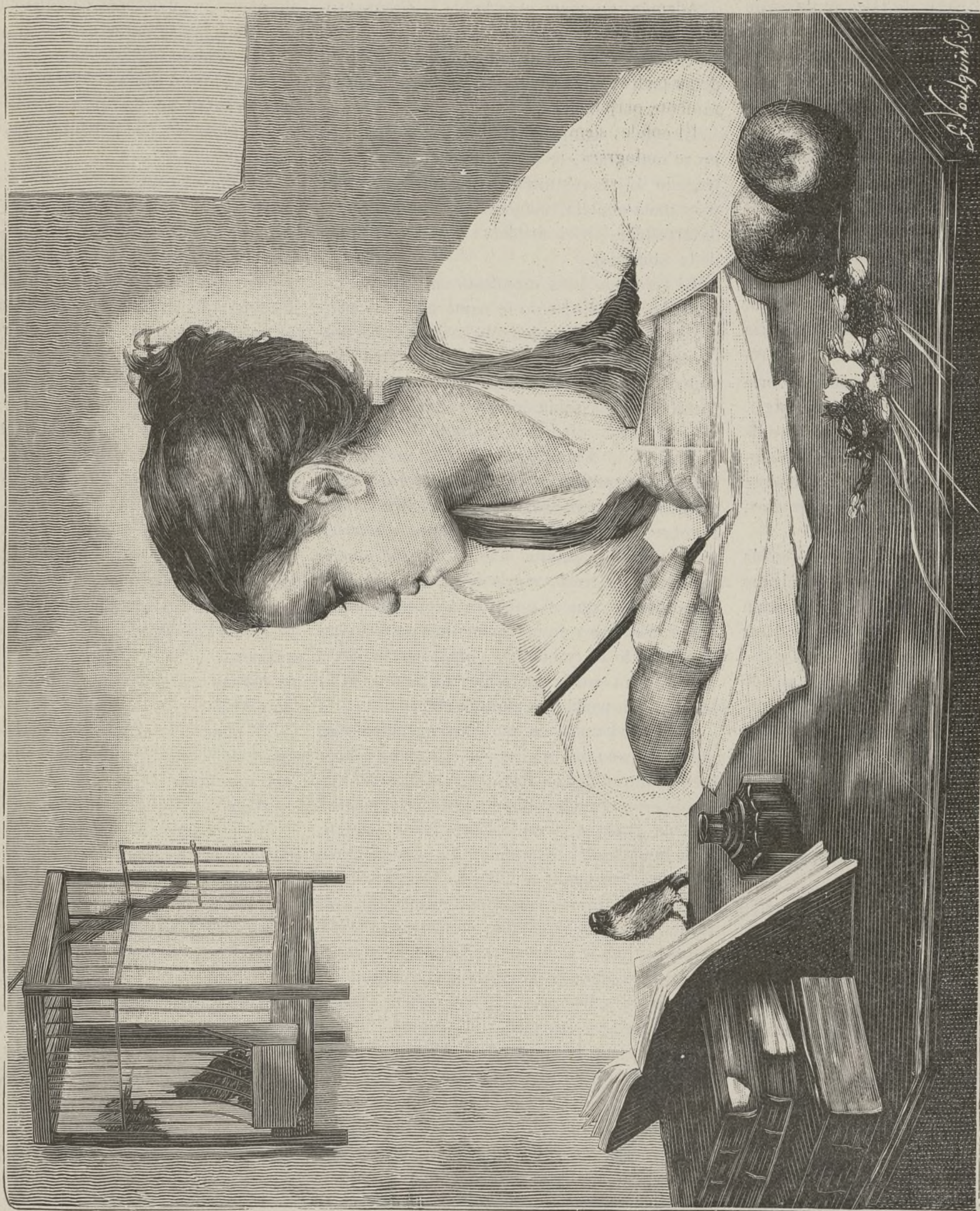
LA ILUSTRACION DE LOS NIÑOS.



LITERATURA

Ayuntamiento de Madrid





DOS INDISCRETOS.

EL ORO Y LA ESCORIA.

CUENTO.



principios del siglo pasado, allá por los años de 1700 á 1705, vivía en la Corte de España una familia poderosa, cuyo blasón reunía la nobleza de diez emperadores, y en cuyas arcas se atesoraba la fortuna de muchos judíos.

Sin embargo, y á pesar de tales ventajas de la suerte, el conde de la Florida y su esposa la bella Margarita no eran felices, puesto que Dios, en seis años de matrimonio, no les había concedido fruto de bendición que perpetuase su apellido y añadiese nuevos timbres al escudo blasonado que campeaba en la puerta principal de su casa solariega.

Este era un motivo de disgusto en aquel matrimonio joven, que parecía haber recibido del cielo la misión de ser feliz, sin conseguirlo, motivo que resfriaba un tanto el amor con que se habían jurado fidelidad al pié de los altares.

Un pobre, que sólo puede legar su miseria al morir, siente no tener un hijo en quien recrearse, á quien amar, que le ayude á sobrellevar con paciencia los rigores de la suerte... ¡Cuánto más no debe sentirlo un hombre de elevada posición, cuya casa tiene que desmembrarse forzosamente al morir, distribuyéndose sus bienes entre personas que, muchas de ellas, ni aun llevan su apellido!

En este concepto, los condes de la Florida eran más dignos de compasión que el último mendigo de la tierra rodeado de hijos, y veían pasar los años tristemente, sin poder realizar una esperanza risueña.

Al cabo de algún tiempo, Dios se apiadó sin duda de ellos; Margarita comenzó á sentirse indispuesta, y el médico declaró que estaba encinta.

Aquella nueva vino á enloquecerles: al fin iba á realizarse, cuando menos lo esperaban, el sueño de toda su vida de casados, la esperanza más ardientemente alimentada por espacio de seis años.

La vida volvía á sonreírles, porque un hijo era el complemento de su felicidad.

Pero la mayor parte de las veces la felicidad es la pantalla de la desgracia; la infeliz Margarita no pudo ver realizados sus deseos; el mismo momento de dar vida á un ser fué el último de la suya; espiró sin poder dar un ósculo maternal á aquel hijo tan ardientemente deseado.

Aquella noche se oían al mismo tiempo en la morada señorial del conde de la Florida los vagidos de un niño y la lúgubre salmodia de las oraciones de los muertos.

La cuna, siempre junto al sepulcro, porque la vida se encierra en estos dos emblemas.

El conde, que amaba extraordinariamente á su esposa, sintió un dolor intenso al perderla; no obstante, el nacimiento de aquel niño debía servirle de lenitivo.

Desde aquel instante cifró en él el cariño que le inspiraba su compañera, y empezó á rodearle de los más solícitos cuidados para que no se malograsen sus esperanzas.

Es una gran desgracia para un niño que viene al mundo el verse privado desde la cuna

de las caricias maternas; desgracia de que empieza á resentirse muy en breve.

Por grande é inmenso que sea el cariño que su padre le profesa, no le es nunca tan útil como la ternura maternal.

El padre, aun cuando vigile muy de cerca, tiene que encomendar su educación á manos extrañas, y los cuidados mercenarios no pueden dar los resultados que da el interés de una madre.

Además, en aquel caso había la circunstancia de que el nacimiento del joven vizconde había llenado un vacío inmenso en el corazón de su padre, cuyo cariño ciego debía serle altamente perjudicial.

El conde, siempre con la idea de que el niño no se malograra, le dejó desde el principio entregado á sus instintos, sin querer violentar para nada aquella imaginación fogosa, que se desarrollaba sin el prudente y necesario freno de la educación.

El vizconde Juan manifestó en un principio horror al estudio; sólo le cautivaban los ejercicios corporales, en los que hacía rápidos progresos; á los quince años era un maestro consumado en la esgrima y en la equitación; en cambio apenas sabía leer, y escribía su nombre con extraordinaria dificultad.

Entregado á sus instintos, que no eran los más sanos, pronto se hizo cargo de las ventajas que le daba su posición; como noble y como hombre de dinero, trocó la palabra *inferior* en la de *esclavo*, y aunque habían variado mucho los tiempos, creía, como los caballeros de la Edad Media, que el noble está formado de un barro más fino y en un molde más perfecto que el que no lo es, y que los *villanos* están en el mundo para sufrir los malos tratamientos de los que han nacido en elevada cuna.

Estas doctrinas, de que acaso participaba su padre, puesto que no las corregía, empezaron bien pronto á dar su fruto; los criados del vizconde eran tratados como negros en los ingenios de América, y en la Corte no se hablaba más que de los escándalos del mancebo, el cual vivía entregado á una vida licenciosa.

Padres y tutores burlados, ministriles apaleados en medio de la calle, empréstitos tomados á los judíos sobre su legítima... hé aquí los principales actos de la vida del vizconde.

Su padre quiso poner coto á aquellos desórdenes; pero ya era tarde; el joven le faltó al respeto, y aun le apostrofó duramente.

Un día sucedió una cosa rara.

Presentóse en el palacio del conde un pobre anciano, quejándose de que el mancebo le había robado su hija; al mismo tiempo otro hombre solicitaba ver al vizconde Juan para darle las gracias por haber arrebatado á su nieta de los brazos de su raptor la noche ántes.

El primero decía:

— Yo reconocí al señor vizconde cuando saltaba las tapias del jardín.

Y el segundo:

— Mi nieta asegura que fué el señor vizconde el que la libró del inicuo.

Aquello era muy original.

El vizconde tomando parte casi á la vez en dos hechos, el primero punible, y el segundo loable y digno.

Desde aquel día se repitieron escenas de aquella índole, y en la Corte se hablaba de dos naturalezas de que parecía estar dotado el vizconde Juan; una de ellas le llevaba á cometer los mayores excesos; la otra le inspiraba las acciones más caritativas.

En una misma noche apaleaba y protegía á la ronda; ganaba cantidades fabulosas en un tugurio, y las distribuía luego entre las personas más necesitadas; tendía de una estocada á un enemigo, y después cargaba con él, llevándole para que le curasen.

Era cosa de volverse loco.

Su padre no sabía si maldecirle ó hacer que le colocasen en un altar donde recibiese las adoraciones de las personas á quienes favorecía.

Se pensó en un maleficio que de un vizconde Juan Angel, hiciese un vizconde Juan Demonio, y viceversa.

Pero lo más extraño era que él negaba las buenas acciones que se le imputaban, y se entregaba más en público á sus excesos, como si tuviese empeño en destruir su reputación de Santo.

Muchas veces, y á pesar de la influencia de su padre, en la Corte, se pensó en castigarle; pero entonces salía al paso una buena acción llevada á cabo la noche anterior, y esto neutralizaba el efecto de lo malo cometido anteriormente.

El vizconde Juan estaba furioso; no quería de ningún modo cargar con la responsabilidad de las buenas acciones; en cambio asumía todo aquello que perjudicaba su fama.

Entre Lucifer y San Agustín optaba por el primero.

Así las cosas, un día recibió su padre un aviso extraño.

El guarda del cementerio de San Sebastián, que estaba *in artículo mortis*, solicitaba hablarle con urgencia.

¿Qué podía querer de él un enterrador?

Sin embargo, no era justo negarse; el conde se caló el sombrero, se embozó en su capa, y acudió á la cita, lleno de curiosidad, porque el caso no era de los más comunes, y entonces los enterradores no solían tener nada de común con los magnates.

El hombre de los muertos tenía su habitación en un casuco de mezquina apariencias, de un solo piso, recostado en el muro de la iglesia por la parte de la calle de Atocha, por donde se entra hoy al patio que comunica con la sacristía.

Era una especie de sepultura, negra y fétida, donde á falta de gusanos, debían abundar las chinches y los ratones.

En la puerta de la calle había una mujer, joven aún, llorando; al ver al conde enrojeció primero; luego se puso pálida, y su llanto se convirtió en sollozos entrecortados, parecidos más bien al hipo de un moribundo.

El conde iba á dirigirla una pregunta, pero ella se adelantó, diciendo:

— Pasad, señor conde, mi marido os espera... el pobre tiene poco tiempo de que disponer.

Y precediéndole como para enseñarle el camino, atravesó un patio pequeño y lóbrego, en el

que se veían las herramientas del oficio, esto es, dos picos y dos azadones, junto á una jaula de alambre, donde había una urraca muerta; más lejos un tonel desfondado, con los aros de hierro fuera de su sitio, una escoba, una chupa remendada con botones dorados y dos macetas de rosales secos junto á un fémur, desenterrado probablemente por algun perro.

En el fondo del patio había un hombre, que al ver al conde se cubrió el rostro.

Éste y la mujer penetraron por una puerta que había á la derecha dando paso á una habitación que componía toda la casa, á la izquierda el hogar, separado del resto por medio de una cortina de indiana, tres sillas, una mesa sobre cuyo tablero había algunas medicinas y un mezquino lecho al pié de una ventana que daba á la calle; he aquí el ajuar de la habitación.

Sobre una amarillenta almohada se veía una cabeza más amarillenta aún; el pelo cortado en cerquillo, los ojos hundidos, la nariz afilada, los labios reseco y entreabiertos, permitiendo ver unos dientes sucios por el uso del tabaco, y como detalle lúgubre unas manos huesosas é inquietas que hacían pliegues en la parte superior de la sábana que servía de embozo, como si el enfermo, imitando á César, se preparase el sudario para morir.

Al ver al conde brilló una luz extraña en sus ojos, que se extinguió en seguida.

— ¡Al fin habéis venido! — dijo con voz apagada.

La mujer, recostada en el dintel de la puerta, seguía llorando.

— Teresa — dijo el enfermo — acerca una silla al señor conde... aquí... todo lo más cerca que sea posible, porque yo no puedo esforzar la voz.

Teresa obedeció; el conde tomó asiento junto á la cabecera del lecho, impresionado por lo que veía.

— ¿Vamos, buen hombre, qué ocurre? — le dijo:

— ¡Ah, señor... qué mal muere uno cuando lleva un gran crimen sobre la conciencia!... en fin, si me perdonáis...

— ¿Perdonaros yo? — interrumpió el conde.

— ¿No habéis oído que me acuso de un crimen?

— ¿Pero qué tengo yo que ver en ello?

— ¡Vos... precisamente vos!... sin embargo, á vos es á quien afecta.

— ¡A mí!

— ¡Ay señor, la vida se me vá!... es preciso que no perdamos ni un segundo... y... no sé, no sé si podré concluir lo que tengo que deciros... Sería mejor que hablastes tú, Teresa, para evitarme la fatiga que esto me causa; pero hazlo pronto; antes de morir quisiera llevar el perdón del señor conde...

Entonces la mujer se acercó, y en voz muy baja empezó á hablar así.

— Hace veinte años que sucedió lo que voy á contaros; recordareis también la fecha, señor conde, porque fué el mismo día que perdisteis una persona querida.

— « ¡Hace veinte años que murió la condesa! » exclamó aquél.

— Precisamente; era el cinco de Febrero, día

de Santa Agueda, hacía un tiempo hermoso; yo hilaba mi rueca á la puerta de la calle, y mi marido trabajaba en la iglesia, en la capilla donde está el enterramiento de la señora condesa, que había espirado el día antes... á lo menos todos lo creíamos así.

— ¡Cómo! ¿pues qué, acaso?...

— Dejadme proseguir, señor conde... Como os digo, hilaba mi rueca; de pronto oí una lúgubre salmodia, y apareció en la calle un cortejo fúnebre; los criados de vuestra casa vestidos de gala, con hachas encendidas, la cruz parroquial, el clero, y detrás un lujoso féretro que encerraba los restos mortales de la condesa.

Pero aquella tarde no fué posible darle sepultura, porque el enterramiento no estaba concluido; el féretro fué depositado en la capilla, aplazando el enterramiento para el día siguiente; se encendieron luces, y quedaron velando el cuerpo dos criados de vuestra casa.

Llegó la noche y se cerró la iglesia.

Los criados, contando con la impunidad y el silencio de mi marido, salieron para pasar un par de horas en una hostería vecina; como se retrasaban más de lo que había prometido Roque, entró en la capilla para atizar las luces é impedir que cayese alguna chispa sobre los paños mortuorios.

Yo estaba preparando la cena.

De repente veo entrar á Roque, pálido y con el cabello erizado, el cual con voz balbuciente y temblorosa, me dijo:

— Teresa, ven!.. la señora condesa vive!..

— ¡Ah! ¡No estaba muerta! — interrumpió el conde.

— Venciendo mi natural temor, entré en la capilla; en efecto, la condesa se movía en su ataúd; levantamos la tapa; tenía los ojos abiertos, y nos miraba con singular expresión, aunque se echaba de ver que no podía hablar...

De pronto, tendiendo una mirada sobre cuanto la rodeaba, y como si entonces comprendiera lo que le había pasado, por el sitio que ocupaba, exhaló un grito terrible, hizo un violento esfuerzo, y cayó para no levantarse más.

Acababa de espirar en aquel momento.

Pero... á poco Roque y yo sentimos... el llanto de un niño...

— ¡Gran Dios!

— Un niño recién-nacido que la condesa acababa de dar á luz.

— ¿Qué hicisteis? — exclamó el conde febril, medio loco.

— ¡Ah, señor! ¡Aquí entra el crimen de que hace poco os hablaba mi marido! Uno y otro nos miramos en silencio, y nos comprendimos... hacía cuatro años que estábamos casados, pidiendo á Dios inútilmente un fruto de bendición.

— ¿Hicisteis pasar á ese niño por vuestro!...

— Sí, señor.

— ¡A mi hijo!...

— Aquella misma noche salí yo de casa con él para que vuestros criados no se enterasen al volver...

— ¿Dónde está? ¿Qué habéis hecho de mi hijo?

— Esperad, señor... ¿qué hemos hecho de él!.. ¡ah!.. un hombre honrado, un guapo joven, un artista de genio... él lo ignora todo...

cree que es nuestro hijo, y nos adora... sin embargo, en su corazón hay una espina... ya os he dicho que es un artista... un gran pintor... ni mi marido ni yo hemos querido tocar nunca el dinero que gana; ya le hemos robado bastante... su apellido... Pues bien, esto, que él no se explica, le desconsuela, y en vano quiere que hablemos... ¡Tal vez al saber todo aquello de que le hemos privado, nos maldiga... Sin embargo, nosotros le hemos criado en el santo temor de Dios... hemos inculcado en su corazón las virtudes de que carece su hermano el vizconde... hemos hecho por él todo aquello que hubiéramos hecho por un verdadero hijo...

Un fuerte rumor de voces y pasos precipitados interrumpió el relato de Teresa; el conde, oyendo la voz de su hijo, se levantó precipitadamente, y salió al patio, donde á sus ojos se presentó un cuadro singular.

El vizconde, con el acero en la mano y el sombrero derribado en el suelo, miraba lleno de confusión y en el colmo del mayor asombro á un joven de la misma edad y de un rostro tan idéntico al suyo, que costaba trabajo distinguirlos, á no haber sido por el traje.

El segundo tenía en la mano una daga, con la que se aprestaba á defender á una linda muchacha que se había refugiado entre sus brazos, perseguida por el primero.

Uno y otro se habían detenido al acometerse, viéndose tan idénticos, tan parecidos, no sabiendo qué pensar de un caso tan original.

— ¡Luis, detente! — exclamó Teresa interponiéndose.

— Padre, ¿qué es esto? — exclamó el vizconde, señalando con la vista al otro.

— ¡Ese hombre es tu hermano!

— ¡Ah! — exclamaron los dos, dejando caer al suelo la espada y la daga que empuñaban.

En aquel momento se oyó una voz quejumbrosa, que exclamaba con el hipo de la agonía:

— ¡Señor conde!... ¡Luis!... perdonadme... voy á morir...

— ¡Mi hermano! — decía con desprecio el vizconde, mirando al joven, que acudía al llamamiento de su segundo padre.

Aquella noche Teresa y Luis velaban el cadáver del enterrador.

Al día siguiente el conde oía de los labios de su segundo hijo lo siguiente:

— No quiero usurpar á mi hermano el puesto que ocupa en vuestro corazón, ni quiero que comparta conmigo las ventajas de la posición que ocupa; mi presencia en vuestra casa sería un obstáculo, y acaso un peligro, dada la impetuosidad de su carácter y su necia vanidad; en mí tendréis un hijo sumiso, pero sin que lo sepa nadie; yo parto mañana con Teresa; ella me ha criado, es mi madre, y tengo obligación de no desampararla, puesto que me ha dado los medios de abrimme un porvenir; adiós, señor; ¡tal vez no volveremos á vernos!.. dadme vuestra bendición.

Hoy se admiran las obras del pintor que honró y enalteció el apellido prestado que llevaba.

En cambio la memoria del vizconde Juan se ha perdido completamente.

Su juventud sólo dejó un efímero recuerdo en los lupanares de la Corte.

La educación hizo del noble un villano, y del que por las circunstancias de su nacimiento se educó como menestral, un noble.

Tales son los efectos de la educación que reciben los jóvenes; la escoria llega muchas veces á valer lo que el oro.

PEDRO ESCAMILLA.

LA DALIA Y LA ROSA

FÁBULA

Esclavas de su constancia
Y en un jar lín seductor
Mostraba, no sin jactancia,
Una rosa su fragancia,
Una dalia su color.
Y con orgullo y placer
Por en tal sitio reinar,
Dichosas pudieron ver
Su puro aroma crecer
Y su belleza aumentar;
Que prolijo en demasía
El sol, cuando despertaba,
A la dalia color daba
Y en la rosa olor vertía,
Cuando el zenit traspasaba.
Más la segunda, celosa
De su bella compañera,
Presumida y altanera
A su vecina, orgullosa,
La dijo de tal manera:
«Por Dios, que admirada estoy
De tu altivez, necia y vana;
Y no entiendo, por quien soy,
Que confíes en mañana
Para valer más que hoy.
Pues si cierta es tu belleza,
Tus hojas no son fragantes,
Y á convencerte ya empieza,
Que corona sin diamantes
No ciñó regia cabeza.
Vanamente solicitas
Con mi beldad competir,
Porque, sin premiar tus cuitas,
Tus pobres hojas marchitas
Vienen al cabo á morir.»

Oyó la dalia el acento
De su rival y su juez,
Y así que su pensamiento
Hubo fijado un momento,
Tranquila dijo á su vez:
«Cierto que sólo á la vista
Mí pobre belleza halaga,
Y que me daña y contrista
Ser tan sólo leve arista
Donde tu perfume vaga.
Cierto también es que muero,
Pero es igual nuestra suerte;
Aunque despues de mi muerte
Con mis espinas no hiero
A quien mi falta no advierte.
Acabe ya el interés
Que muestra tu juicio recto,
Y si mis defectos ves,
Compara, justa, después
Con el tuyo mi defecto.»

Inclinóse avergonzada
La rival de nuestra flor,
Y desde entonces, callada,
Se vió triste y humillada
Por un secreto dolor.

Guarde, pues, toda su vida
Tal ejemplo en la memoria
Quien sus defectos descuida
Y de los ajenos cuida
Con petulancia notoria.
Que por más que procuremos
En otros faltas hallar,
De reconocer debemos
Que las que en otro encontremos
Las nuestras no han de borrar.

JAIME CIGLIANO.

EL DUERO Y EL MAR.



L río Duero desemboca en el mar Atlántico por la ciudad de Oporto, cuya ría está sembrada de rocas y bancos de arena y es una de las más peligrosas para la navegación.

¡Cuántas y cuántas desdichadas naves fueron tragadas por las olas en su famosa barra!

Las ondas del mar, encontrándose con la impetuosa corriente del río, se estrellan, se levantan, se revuelven y precipitan con tan espantable ruido, que asusta á los navegantes que se aproximan.

Parece que el Duero grita encolerizado:

— ¡Déjame entrar!

Y que el mar le responde:

— ¡Atrás!..

Diz que un día el río se quejó de esta manera:

—¿Por qué ¡oh mar! me recibes tan mal, y me rechazas de tu seno? ¿Soy por ventura, indigno de tí? Soy uno de los principales ríos de la península y ya que tan desatentamente me tratas, voy á exponerte mis méritos.

Nazco en el cerro de Urbión y recorro desde allí hasta Oporto 776 kilómetros, regando feracísimas provincias de España y Portugal.

He visto en otro tiempo elevarse en mis márgenes los invictos muros de la heroica Numancia, y aun al visitar sus ruinas, recojo restos de aquellos héroes que más quisieron fenecer en una hoguera que rendirse al yugo romano.

Paso por Medinaceli, cuyos términos están sembrados de antigüedades. Riego los bosques de Burgos, donde se crían excelentes maderas; luego entro en Valladolid, cuya capital, si ha sido siempre notable, lo es más al presente, y está sin duda llamada á un envidiable porvenir. Y si lo reparas bien ¡oh mar! verás, tal vez, revueltos con la arena que arrastro, infinitos huesos de las célebres guindas de Zamora y también polvo de los apolillados y preciosos papeles que se guardan en Simancas.

Te podría narrar punto por punto, porque de memoria la sé, la historia épica de los hechos guerreros que tuvieron lugar en Zamora invicta y que he presenciado en el transcurso de los siglos.

Podría decirte también los acuerdos de las Cortes de Toro, que tanto han dado que hablar á los legistas. Y al entrar en Portugal ¿no visito á San Juan de Pesqueira, ciudad no despreciable, y por fin, la segunda ciudad del reino lusitano, la ciudad que tú mismo te envanece de tener en tu ribera, que saludas no muy respetuosamente con tus continuos é iracun-

dos rugidos, la comercial Oporto, célebre por sus vinos, que más que ciudad lusitana podría llamarse colonia de la avidez inglesa?

Siendo estos mis méritos ¿no soy, por ventura, un río de los más ilustres? ¿No merezco que me recibas cariñosamente?

Eres ¡oh mar! un monstruo desagradecido.

Te entrego mi caudal, las arenas y tesoros que arrastro; te lo entrego todo y después de mezcladas mis aguas dulces con las tuyas amargas, no tienes para mí ninguna recompensa.

Te negaré mi caudal.

Así dijo el río y lanzando un profundo y atronador gemido, calló, devorando su coraje,

El mar contestó con acento sordo y tumultuoso:

— Eres un insolente y me estás faltando al respeto. Si me entregas el caudal de tus aguas, ¿quieres decirme de quién lo has recibido? ¿No soy el Océano? Esas aguas que me traes, de mí han salido antes. Si tienes existencia, si pasas por tantos lugares célebres, á mí me lo debes todo.

No haces más que entregarme lo que de mí llevaste.

¿No es el mar el conjunto de todas las aguas?

Tú, por consiguiente, eres parte mía, y nunca se ha visto que el todo deba estar agradecido á ninguna de las partes que lo constituyen.

Ni el río ni el mar tuvieron razón en sus orgullosos discursos.

Ni aquél puede negar sus aguas al Océano, ni éste debe rechazar al río que le dé su caudal.

El mar simboliza á la patria y el Duero al hombre. Tiene obligación éste de servir á la patria y engrandecerla, y aquélla debe premiar los servicios de los ciudadanos y no abandonar en el olvido á los ilustres por sus méritos personales.

REFLEXIÓN: Así como los ríos contribuyen, cada uno según su caudal, á sostener y acrecentar el Océano, también los hombres deben concurrir con los esfuerzos de su espíritu ó su cuerpo, al progreso general y sucesivo de la sociedad en que viven.

El sabio con sus profundas elucubraciones; el literato con sus concepciones bellas; el artista representando la naturaleza; el industrial con sus artefactos; el labrador con los productos del cultivo de los campos; el sacerdote con sus virtudes y ejemplo; el acaudalado con sus tesoros; el poderoso con su poder; todos, en suma, deben contribuir á mejorar la suerte de sus semejantes y á impulsar la sociedad hacia nuevos grados de perfección y de progreso material y moral.

Muchos hay que se quejan, por egoísmo, de la indiferencia con que la sociedad los considera; pero serían más prudentes y justos si pensasen ántes, con imparcialidad, en los propios méritos, y viesan si se han hecho ó no acreedores á más alta consideración.

Cierto es que la sociedad debe premiar los sacrificios individuales que por ella se hacen; pero las más de las veces son tantos los aspirantes al premio, que es imposible que lo haya para todos.

MANUEL GONZÁLEZ ÁLVAREZ.

Tipografía Gutenberg, á cargo de M. Salamanqués, Villalar, 5.